



LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Voy á contaros un suceso que intitulo: la *Muerte de una niña*.

Esta es una palabra muy seria para nuestros lectores y sin embargo es necesario que la oigan alguna vez, es preciso que piensen en ella desde luego, y que sepan como el sabio que todo el cuidado de la vida no tiene otro objeto que el de bien morir. Dichoso aquel que merced á sus virtudes puede dejar la tierra sin dejar en ella odio alguno y subir hasta donde está Dios sin llevar consigo temor. Mas mi intento no es convertir esta historia en una serie de reflexiones sobre la muerte; mi fin es mostrar á mis jóvenes amigos lo mal que aprecian algunas veces los motivos de un rigor que les parece tiránico; cuán lejos están sobre todo de comprender el poder del amor que los padres les profesan. Todavía era bastante joven para creerme mas sabio y mas previsor que mi padre, cuando fui testigo de un suceso que me demostró que no hay debilidad que no pueda tener fatales consecuencias, ni cariño que do-

mine tanto el corazon del hombre como el que tiene á sus hijos. Voy á referírselo.

Tenia y tengo todavía cerca de Madrid un amigo á quien llamaré aquí Rodriguez. En la época de que tengo que hablar, es decir en 1828, Rodriguez era un hombre de 36 años doble edad que la que yo tenia. No obstaba esto para que reputándome en alguna cosa útil me dispensase su amistad, y así es que nada extraordinario le ocurría, ninguna resolucion tomaba sin participármela. Tambien es menester confesar que éramos algo parientes, mi primo para decirlo de una vez, y que habiendo sido educado por mi padre trasfería á mi una parte del reconocimiento filial que le habia dedicado. El afecto de mi padre nos habia hecho hermanos. Rodriguez habia marchado al ejército cuando tenia 18 años, y no habia dejado la carrera militar hasta 1832, que contrajo matrimonio con una jóven encantadora. Rodriguez era el hombre mas honrado del mundo, muy justificado; pero al mismo tiempo de una severidad, que espantaba á todos los que no le conocian completamente. Acostumbrado á mandar soldados, cuyo principal mérito es la suma obediencia, no podia sufrir ninguna resistencia ni lentitud alguna en cumplir sus órdenes, y despedía sin compasion al criado y á la sirviente que no las ejecutaban sin réplica y en el momento. La primera vez que ví el interior de su casa, quedé admirado del singular orden que en ella reinaba. Rodriguez era colono, quiero decir que cultivaba tierras inmensas situadas al rededor de una pequeña propiedad que le pertenecia. Los colonos como Rodriguez no son aldeanos que labran la tierra desde por la mañana á la noche, segando sus prados y trillando sus mieses. Son empresarios con muchas yuntas y sirvientes, criados y criadas, que todos viven en la casa. Desde por la mañana montaba Rodriguez á caballo, y todo el dia andaba de un campo á otro celando á los trabajadores. Llegada la caída de la tarde todos iban regresando á la granja y toda esa reunion de domésticos comia en una inmensa cocina. Rodriguez no comia con ellos mas se hallaba siempre presente.

Cierto dia habia ido yo á verle: estaba en el campo y me detuve con su muger en un salon muy elegante donde dedicamos el tiempo á la música. Luego que vino la noche la esposa de Rodriguez me dijo con una gracia encantadora.

—«El papel de la muger de sociedad ha terminado, y es menester que principie el de la labradora. Voy á dejar á usted; ahí tiene usted libros y periódicos; procure usted aburrirse lo menos posible. Decíame ella esto y yo oia al propio tiempo el ruido de los caballos y de las carretas que entraban en la granja los agudos gritos de los pastorcillos, los votos de los carreteros las risotadas de los labradores y no pude contenerme en decir á la esposa de Rodriguez:

—¿Cómo vá usted á mezclarse entre esas gentes?

—¿Pues no he de velar, me respondió, para que sean bien servidos?

Mirando con atencion á la esposa de Rodriguez que apenas tenia 18 años, bella y amable muger con sus gracias elegantes, su airoso peinado, sus pies delicados, su cuerpo esbelto, no pude figurarme que se ocuparía en atender á todos aquellos parlurdos que metian zambra en el patio. La manifesté mi sorpresa, y entonces ella se empeñó en que la siguiera. Bajamos á la cocina de que os he hablado y hallamos que empezaba á poblarse de gentes. Al llegar el ama, los jornaleros la saludaron con una cordialidad respetuosa, pero amigable, volviendo á ponerse pacíficamente sus sombreros y continuando la conversacion con sus camaradas, refiriéndose unos á los otros sus trabajos del dia. Hallábanse ya casi todos reunidos y las conversaciones que se habian entablado por todos lados producian un ruido atronador, cuando de improviso todo el mundo calla, todas las cabezas se descubren, mas nadie vuelve á tomar la palabra, nadie se pone el sombrero, un silencio completo, un temor glacial suceden al estrépito anterior. Era Rodriguez que acababa de llegar. Cada uno se sienta, lo mas lentamente que puede y la comida principia. Rodriguez, despues de haberlos dirigido algunas palabras, tomó su diario y se puso á leer en el rincon de la chimenea en tanto que su muger andaba al rededor de la mesa satisfaciéndose por su propia vista de si todos estaban contentos. Yo miraba atento y sorprendido mas de una señal silenciosa de agradecimiento; muchas sonrisas de reconocimiento por los encantadores cuidados de aquella amable muger. Durante toda la comida apenas se pronunció en voz baja alguna palabra. Se podia decir que era una comida de cartujos. Muy en breve todo habia concluido y nos volvimos al salon de Rodriguez. Como con él tenia yo entera libertad de opiniones, le dije la mia acerca de la diferencia que habia hallado entre la acogida que él habia tenido y la que experimentó su muger, Rodriguez se sonrió y me dijo:

—¿Luego tu crees que esas gentes no me aman porque me temen?

—Creo, le contesté que quieren mas á tu muger.

—Tienen razon en quererla, me dijo, porque tiene la bondad y la amabilidad de un ángel, y les perdona muchas faltas: pero créeme, y no olvides esto en toda tu vida, esas gentes están mas adheridas á mi que lo que se imaginan. He despedido muchos malos, ni uno bueno me ha dejado, lo que consiste en que la justicia imparcial aunque fuese inflexible, es todavía una cosa menos frecuente que la bondad, y es ademas un freno saludable para los que dependen de sus fallos porque previene

la inclinacion que pueden tener á hacer el mal. Créeme, la indulgencia es siempre una calamidad.»

Su esposa se sonrió.

Si, prosiguió su marido con seriedad, tu no sabes eso porque tus virtudes te hacen inútil que lo sepas, mas cuantos buenos servidores se pierden porque no se sabe castigar una primera falta ¡qué de niños se han echado á perder y se hacen insoportables por esa debilidad que se quiere hacer pasar por una virtud!

—Que, dijo su esposa, si el cielo nos concediese la dicha que nos ha reusado hasta el presente usarias con tus hijos un rigor semejante al que muestras con tus domésticos?

—No lo dudes.

El lo creia asi cuando dió esta respuesta; lo creia porque aun no habia experimentado el poder del amor paterno, de ese afecto que tan superiormente domina á todos los demas. La esposa de Rodriguez se habia entristecido, variamos de conversacion, y como mi visita era de despedida, hablamos de mi partida para la provincia.

Dejé á mi primo al dia siguiente, y pocos dias despues me ausenté de Madrid por algunos años. Durante mi ausencia supe que Rodriguez habia llegado á ser padre de una niña, y le escribí para darle la enhorabuena. Tenia de tal modo grabada la última visita en mi memoria, que no pude dejar de darle algunos consejos en mi carta sobre la amabilidad que debia manifestar á su hija. La rigidez de Rodriguez no me inquietaba respecto á su muger, tan buena, tan dócil, que jamás le habia ocurrido la idea de tener una voluntad distinta de la de su marido; mas la tenia en cuanto á la pobre niña, que quizás no tendria la suficiente capacidad para comprender semejante rigidez. Esperaba pues que mis consejos lo harian ser mas indulgente, pero ví con sentimiento por nuestra correspondencia que sostenia siempre sus principios de severidad.

En fin volví á Madrid y pasé á ver á mi primo el mismo dia de mi arribo. No pude llegar á su casa hasta la tarde, y entré á la hora acostumbrada de la comida. Conservábase tambien el mismo orden acostumbrado: todos estaban sentados al rededor de la prolongada mesa que ocupaba el centro de la cocina. Rodriguez junto al fuego leyendo su diario, y su muger atendiendo á los trabajadores. Sin embargo si á la vista ofrecia el mismo cuadro, por instinto se comprendia que habia allí algun cambio. En efecto, el silencio no era ya tan completo; parecia que no se respetaba la lectura de Rodriguez con el mismo miedo, y el mismo Rodriguez no se mostraba incomodado como otras veces de algunas risotadas que se escapaban de aquí y de allá. Era algun acontecimiento extraordinario que lo distrafa asi, algun sério negocio que le impedia fijar su atencion en lo que pa-

saba junto á él? No. Era muy sencillamente, que una bonita niña de tres años corria al rededor de la mesa hablando á unos y á otros, ocultando á este su gorra, y saltando sobre las rodillas de aquel: Rodriguez cuando se aumentaba el ruido solia volver la cabeza y llamar á su hija, pero con una mirada sin enfado y con voz amorosa. Luego que nos dimos un abrazo, me acerqué á su esposa, y despues de algunas ligeras esplicaciones sobre mi residencia en la provincia, y mi vuelta á Madrid, la dije bajito y sonriéndome:

—Paréceme que se ha dulcificado un poco la inflexibilidad de Rodriguez ante las encantadoras gracias de vuestra hermosa Luisa?

—Silencio, caballero, me contestó en el mismo tono, no le haga usted esta observacion, porque él sufre sin duda el imperio de su amor á nuestra querida niña. Cree ser siempre muy rígido, y se admiraria mucho de saber que hace todo lo que ella quiere. Esto consiste en que la rigidez de mi marido depende de sus hábitos y no de su corazon. Es porque sabia bien lo que era mandar, y no sabia todavía lo que era amar á su hija.

Algunos dias despues tube ocasion de ver cuanta razon tenia esta madre. Cuando íbamos juntos á presenciar la vuelta de los trabajadores, oimos la voz severa de Rodriguez.

—«No se me hable mas, decia este, de un gran pícaro.

El capataz que dirigia á los demas trabajadores decia á Rodriguez.

—Ay! señor, su anciana madre no tiene mas que á él que la mantenga. El reintegrará los dos carneros que se han estraviado por su culpa. Nosotros le ayudaremos, pero no le despida usted, señor; nadie lo admitirá ya en la comarca si lo despide usted.

—¿Qué quiere decir eso? repuso Rodriguez, hago muy poco caso de la pérdida de los carneros, mas no quiero en mi casa un perezoso que bebe en lugar de cuidar de su ganado, ó que tal vez ha obrado mas mal todavía, y ha dejado el ganado para robar frutas á algunos vecinos.

Nos acercamos y vimos un pastorcillo llamado Gabriel, rodeado de algunos trabajadores; estaba todo temblando delante de su amo y lloraba á lágrima viva. Su ama se aproximó lentamente y dijo á su marido:

—Amigo mio, me parece.....

Rodriguez la interrumpió en el momento.—No me des el pesar de una negativa, no me pidas gracia para ese miserable. Lo he despedido.

—Perdon, perdon, tartamudeó el pastorcillo. No ha sido por.... Es que....

—Sacarlo de aqui y acabemos, dijo Rodriguez en un tono que no admite réplica.

El pastorcillo se fue llorando, y como la sopa estaba ya en la mesa cada cual tomó asiento en ella. La comida fue aquella tarde muy triste. Luisa no corría al rededor de la mesa haciendo sus travesurillas, estaba sentada al lado de su madre en un taburetillo, y tomaba á hurtadillas de la faldriquera de su delantal avellanas, que arrojaba á la lumbre. Rodriguez tan admirado aquella noche de la tranquilidad que reinaba en la cocina como lo habria estado otras veces del ruido que se hacia la víspera, se inclinó hácia Luisa y la dijo:

—No juegas esta noche, ¿qué tienes?

—Nada, papá, contestó Luisa, bajando en seguida la cabeza, y poniéndose encarnada como la grana.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada, papá.

—¿Cómo, nada hacías? si me parece que arrojabas alguna cosa al fuego. Son avellanas, á lo que veo.

—No, papá, contestó ella temblando..... No tengo avellanas.

—¿Cómo no? míralas ahí todavía en tu bolsillo....

Luisa se calló, empezó á hacer la mudita, y poco á poco se le llenaron de lágrimas los ojos.

—¿Qué viene á significar eso? dijo Rodriguez en tono severo, tú mientes!

La pobre chica se echó á temblar, y no tardó en romper en sollozos, y arrodillándose delante de su padre, exclamó con un pavor inaudito.

—¡Oh papá, no me echés á la calle! no me despidas!

Rodriguez lleno de inquietud, tomó á su hija sobre sus muslos; su madre y yo procurábamos tranquilizarla, mas continuó llorando y repitiendo entre sus sollozos.

—¡No me echés de casa! ¡no me echés de casa!

Su padre la abrazaba y la acariciaba, y la prometía perdonarla. En fin, Luisa se tranquiliza, y nos dice mezclando algunos suspiros entre sus palabras.

—Es que, mira tú, yo....yo.... tenia gana de comer avellanas.... Dije á.... á Gabriel que fuese á cojérmelas al bosque, y mientras tanto perdió sus carneros.

—Y tú eres, la dijo su madre, la causa que se haya despedido al pastorcillo?

—Vamos, vamos, no la riñas, no le volverá á suceder.

—Sí..... dijo Luisa... pero Gabriel.... si despidés á Gabriel lo sentiré mucho.

—Pues bien, dijo Rodriguez sonriéndose, vé á decirle que venga á comer, y que lo admito.

—Gracias, papá, contestó la niña saltando de sus rodillas, y repitiendo, voy corriendo, voy al instante.

Toda esta escena había pasado durante la comida, y mientras duró reinaba un profundo silencio en toda la sala. Mas apenas llegó á su fin, y que Luisa se separó de su padre, un alegre rumor circula por toda la mesa; se la daban gracias al pasar, algunos del fondo del corazón, otros según me pareció con una solicitud baja y falsa. La pequeña autoridad de una niña de tres años tenía ya adúladores. Aquella misma noche ví á la madre, y no pudo menos de reírse cuando le dije que su marido había sido muy indulgente, porque su perdon autorizaría á su hija á exigir á los criados mil cosas impertinentes que no dejarían de hacer, contando de antemano con una escusa cierta.

—Vaya, vaya, me dijo que tiene usted la pretension de ser mas severo que mi marido. Si tubiese usted un hijo, lo estaría mimando todo el día, porque nadie sabe lo que es oír llorar á un niño y verle sufrir. Me es imposible espresar á usted lo que entonces se siente, pudiéndose decir que no le ven nuestros ojos, ni le oyen nuestros oídos, sino el corazón que llora también dentro de nuestro pecho. ¡Ah! usted no puede comprenderlo así porque solo los padres saben amar.

Había ya olvidado esta aventura, y me hallaba en Madrid hacia algunos meses, cuando á eso de las nueve de la noche, me entregó un criado una carta, que solo contenía estas palabras, escritas de un modo casi ilegible:

«Mi hija se muere..... pronto, un médico.»

Monté al momento á caballo, corrí á casa de mi médico, le hice subir en otro, y á poco galopábamos por el camino de la hacienda. Cuando llegamos á ella encontramos á Luisa en las rodillas de su madre: pálido su fresco y lindo rostro, los ojos á la flor de la cara, se rebolecaba lanzando agudos gritos. Su madre la estrechaba en sus brazos, llorando, y haciéndola mil preguntas á que no respondía la niña. Rodríguez sentado delante de ella estaba tan pálido como su hija; en inmovilidad completa su cuerpo, inclinada la cabeza sobre el pecho, y nada veían sus ojos.

Cuando entré con el médico, la aflijida señora se adelantó hácia el doctor, y le presentó su hija. Rodríguez se levantó también, pero no pudo dar un paso. Los criados se detubieron con la vista clavada en el doctor, y durante un gran rato, reinó un terrible silencio, porque su primera palabra iba á ser un decreto de vida ó muerte. Así es que cuando después de haberla examinado atentamente, dijo que la niña estaba envenenada, salió un grito de horror de todos los ángulos de la habitación, porque la idea de que á un crimen tan grande podía seguir una gran desgracia espantó á todos.

El médico mandó la diésen un vomitivo, y mientras que lo

preparaban con las drogas que habia en la casa, fui yo á la cocina para interrogar á los criados, que se defendieron con desesperacion ofreciendo toda su vida en prueba de su buena conducta. En esto entró un labrador y dijo sin haberme visto.

«Es punto concluido; ha muerto!»

—¿Quién ha muerto? pregunté lanzándome sobre él.

Al principio titubeó, pero despues dijo con miedo; Gabriel ha muerto.»

Y obligado por mis preguntas, me contó, que Gabriel le habia confesado, que á ruegos de Luisa, habia ido á buscar hongos al campo; que una criada consintió en prepararlos, y que los dos los habian comido.

Hice buscar á la criada, pero habia una hora que habia desaparecido y volví al cuarto de Rodriguez, dando parte al doctor de lo que habia sabido, y entonces me enseñó unos pedazos de hongo que habia vomitado Luisa. A la sazón se hallaba en calma y al pie de su lecho estaban sentados sus padres, que ni se hablaban, ni se veian, entregados á una desesperacion profunda. El doctor me hizo seña, y llevándome aparte me dijo en voz baja.

—Esta niña solo durará un cuarto de hora. Retire usted á sus padres, porque sus últimas convulsiones serán espantosas.

No sabia que hacer ni que decir. Conocia, que tomando un tono decidido y firme, la madre se dejaria conducir á donde yo quisiese, porque era muy complaciente, pero temblaba al hacer esta proposicion á Rodriguez, pues sabia que no variaba de resolucíon. Le habia visto soportar con valor inaudito dolores atroces y sin embargo no tenia esperanza de resolverle á separarse del lecho de muerte de su hija.

No obstante me acerqué á él, le dije; tengo que hablarte, ven conmigo. Se levantó y clavando sus ojos en su hija se puso á llorar como un niño, y se arrojó en mis brazos diciendo: ah! tu quieries arrancarme de aqui porque va á espirar; déjame solo!

No queria alejarse, pero no pensaba hacer resistencia porque su dolor habia quebrantado aquel carácter inflexible y tenaz. Me aproveché de este abatimiento y cogiéndole por la mano lo saqué á fuera: esperaba á cada momento verle precipitarse sobre el lecho de su hija, pero me seguia con la cabeza baja, dejando caer de sus ojos gruesas lágrimas y repitiéndome con un acento desgarrador pero tímido: oh! no me lleves, quiero quedarme, y mientras me hablaba así, lo confié á un criado, que lo condujo al jardin esperando que el aire lo calmara un poco.

Volví á entrar en el cuarto, cuando Luisa empezaba á agitarse, y queriendo alejar á su madre la cogí de la mano, la dije con alguna firmeza; su marido de usted la espera; venga usted pues, que su presencia es inútil aquí!

—¡Inútil! exclamó levantándose de repente. Jamas, jamas he oido un acento tan sublime, ni he visto una mirada tan admirable como la que acompañó á esta exclamacion. No hay palabras bastantes fuertes para pintar la indignacion que mostraba su semblante, y la estrañeza de su acento :

—Inútil! repitió.

Parecia que tenia por un loco ó por un miserable al que osaba proponerla dejar á su hija. No me atreví á decirla mas palabras. El doctor insistió en que se retirase.

—Qué me quereis? respondió con resolucion terrible, no quiero retirarme; y como si alguien intentase cogerla de la mano, exclamó no os acerqueis, no os acerqueis. Oh! yo no respondo de mi misma, y con ademan furioso toma de la mesa un cuchillo.

Me quedé estupefacto al ver esta cólera en una muger tan amable y delicada. No sabia yo lo que puede el amor de un padre y de una madre á una hija. No sabia cuanto puede quebrantar el ánimo del mas firme, y exaltar el corazon mas sumiso.

Entre tanto algunos gritos de Luisa nos anunciaron sus últimas convulsiones, la pobre niña se asía á las sábanas de su cama, y las apretaba entre sus manitas como si se apegase todavía á la vida que iba á dejar. Su madre clavado el ojo en ella la miraba con desesperacion y solo sabia decirla estas palabras. ¡Luisa!..... Luisa!.... Soy yo.... es tu madre.... Luisa!.....!

Pero la niña no respondió y llevaba una mirada insensible y muerta hácia el ruido que oía, volviéndola luego sin dar señales de haber visto nada. Entonces su madre redoblaba sus clamores. En fin aprovechamos un momento en que habia caido de rodillas cerca del lecho, y cogiéndola por la espalda llegamos á retirarla algunos pasos; mas luchó con tanta violencia que fue indispensable el auxilio de algunos criados fuertes y vigorosos para contener esta muger tan débil y tan delicada. Por último se la arrancó del cuarto fatal y no vió las últimas y espantosas convulsiones de su hija. Luisa murió algunos minutos despues.

Bajé al jardin; habia llovido, aquella madre estaba sentada en un banco y á nadie daba oidos, aunque se la aconsejaba ponerse al abrigo de la lluvia; estaba desgredñada, sus dientes rechinaban con el frio, y su vestido en el mayor desórden, y su marido las rodillas en tierra, la cabeza oculta entre las rodillas de su muger, tampoco sentia la lluvia que lo helaba, ni oía tampoco las exortaciones de los que le rodeaban. El doctor hizo que se alejasen todos, y me llevó consigo: le manifesté algunos temores de lo que podria suceder.

—No veis, me dijo, que solo ellos dos pueden comprenderse y hablarse segun su corazon. Querer consolarlos seria impo-

nerles un suplicio mas cruel que su desesperacion. Déjemos-los llorar, el dolor se escapa entre las lágrimas ; dentro de algunas horas volveremos.

Volvimos en efecto. Vimos á Rodriguez sentado al lado de su muger, y hablando con ella. Esta le oia con la cabeza baja. Cuando me acerqué á Rodriguez me alargó la mano, se conmovió algo su voz, vino á sus ojos una lágrima y dió las gracias al doctor. Su esposa por el contrario lloraba abundantemente; mas cuando le pedí que se recogiese y tomase reposo me siguió humildemente y sin pronunciar una palabra.

Por la mañana obtuve de Rodriguez que dejaria su casa por algunos dias. Marchó temprano con su muger. Hice que se enterrase á Luisa en aquel mismo dia, y por la noche me ocupaba de los pormenores del envenenamiento. Hice buscar la criada que habia preparado los hongos, y con nuevo terror supe que la infeliz perdió tanto el ánimo, y se le trastornó el cerebro en tales términos con la desgracia de que habia sido causa, que se tiró al estanque que rodeaba la hacienda, y se ahogó. Gabriel habia muerto. Todos habian perecido víctimas de la misma culpa, y esta historia debe enseñar á los niños que regularmente con razon y para su provecho se les castiga severamente por faltas muy ligeras en apariencia, mas que pueden traer en pos de sí males espantosos.

LA SILLA PRESTADA Y DEVUELTA.

CUENTO.

Cuando el que se ocupa en contar cuentos tiene alguna habilidad, y conociendo el fin que debe proponerse en su arte, procura llenarle, debe siempre ser escuchado con atencion. ¿Y por qué así? porque enseña á obrar bien, y que los buenos ejemplos que os refiere pueden instruiros. Pero que sucede muy frecuentemente? Apenas abre la boca os dicen ciertas personas: *ese va á mentir*. Señores, sabed que solo el hombre atento y galan procura llegar á ser mejor; al vulgar y envidioso nada aprovecha.

Cierto conde, llamado Enrique, tenia por senescal un hombre de carácter duro, avaro y brutal; habria reventado de enojo, segun creo, si hubiese visto que su señor hacia algun bien á alguno, y no era en verdad porque estubiese muy adicto á su

persona, ó por cuidar de sus intereses, el bribon, por el contrario, lo estaba robando todo el día, y solo se ocupaba en esconder el vino, las gallinas, los capones, para írseles á atracar solo en la despensa como un cerdo; todo lo quería para él solo. Este genio áspero ocasionaba algunas veces, sobre todo cuando llegaban forasteros al castillo, escenas curiosas, que divertían al conde. No reían de tan buena gana los implicados en estas escenas y no había ninguno de ellos que no hubiese dado cuanto tenía con el mayor gusto por ver al verdugo castigado como lo merecía.

Un día, Enrique que era noble y generoso, anunció que tendría gran comida, y lo hizo publicar por toda su vecindad. Acudió á ella un número prodigioso de caballeros, damas y escuderos. La fiesta fue suntuosa; todas las puertas abiertas; á todos lados mesas preparadas, y la mayor profusion. No hay que preguntar cual fue el humor del senescal en aquel día.—Esas tragaderas hambrientas, decía regañando, no se han visto quizás una vez en el año satisfechas, y vienen aquí á hartarse á nuestra costal Animo, señores, tomad, pedid, no tened cortedad, bien se ve que no estais en vuestra casa.

En esto entró un bueyero grasiento y mal peinado llamado Radul, que volvía del arado.—Que viene á hacer aquí ese menguado, preguntó el ordenador encolerizado? Olal pardiez, respondió el villano, vengo á comer, puesto que aquí me convidan, y al mismo tiempo rogó al senescal le hiciera dar una silla; porque ni una sola estaba vacía, todo estaba ocupado. El otro furioso, le alargó un puntapié en el trasero con toda su fuerza.—Toma, le dijo, siéntate encima de ese, yo te presto esa silla. Sin embargo luego que reflexionó que si el conde llegaba á instruirse de esta violencia, podría reprehenderle seriamente, quiso apaciguar un poco al bueyero, y por señas, dispuso le diesen de comer. Radul, fingiendo reirse, pero en su interior resuelto á vengarse, si podía, se retiró á un lado, donde se acomodó como pudo, y despues de haber bebido y comido bien, pasó á la sala.

El conde acababa de hacer entrar á los músicos y juglares para divertir á la reunion; y á fin de estimularlos á hacerlo bien, había prometido su hermoso traje nuevo de grana á quien mas hiciere reir. En el momento á porfia andaban por hacerlo mejor, viéndose á unos contar romances ó cantarlos, otros hacer juegos de manos, este imitar al ciego, aquel al tonto; otros representaron riñas de mugeres; cada cual en fin se ingeniaba en imaginar alguna cosa mas graciosa. Radul, en medio de la sala, con su servilleta en la mano, se divertía en verlos, y reía á mas no poder; mas cuando todo se había acabado se acercó al senescal que estaba junto al conde, y sacudiéndole en las

nalgas á su vez un puntapié que le hizo dar de boca en tierra, añadió: Señor, ved ahí vuestra servilleta, y ademas vuestra silla que os devuelvo; nada hay como los hombres honrados; ya lo veis; con ellos nada se pierde.

Sin embargo, la caída que dió el senescal hizo al concurso dar un grito; los criados habian acudido, y ya se preparaban á sacar de allí al villano para castigar su falta de respeto, cuando el conde haciendo que se le acercase, le preguntó que porqué habia pegado á su oficial.—Señor, respondió Radul, se me ha dicho que yo podria disfrutar hoy aqui de una buena comida, y he venido, puesto que lo permitia vuestra bondad. Pero los demas habian sido mas listos que yo; he rogado pues á vuestro senescal que me facilitase algun sitio y él que es muy atento, me ha regalado sin detencion un puntapié, diciendo que me prestaba aquella silla; ahora que he comido y que ya no necesito su silla, he venido á devolvérsela, y os pongo por testigo, Señor, de que nada tengo suyo, pues aunque pobre hombre, tengo conciencia. Con todo si quisiese todavia uno por el alquiler del suyo, que lo diga, porque estoy pronto á darlo.

A estas palabras, el conde y todos los espectadores soltaron la carcajada. El senescal entre tanto se frotaba el trasero, y su ridícula postura hacia mas cómica la escena. En fin, fue tanto lo que se rieron y por tanto tiempo, que el conde adjudicó el traje á Radul, y los mismos juglares convinieron en que lo merecia.

El villano hacia esta reflexion al tiempo de retirarse.—Se dice comunmente que para hacer alguna cosa en este mundo, es menester salir de su casa, y á fé mía que el proverbio tiene razon, pues si yo no hubiese venido aquí, no tendria este buen traje, cuya venta me producirá dinero

PIEDAD FILIAL DEL JOVEN MANLIO.

ANÉCDOTA ROMANA.

La historia romana está llena de rasgos admirables propios para elevar el alma, ó convertirse en útiles lecciones. Voy á referir uno que ha de causar placer á cuantos conocen los dulces afectos que unen los hijos á sus padres y madres.

Manlius imperiosus, habia mostrado durante su dictatura un carácter duro, violento y lleno de altanería; habia llegado su demasía hasta hacer azotar con varas á muchos ciudadanos. Asi

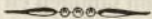
es que habia llegado á ser el objeto del odio general. Apenas cesó en el cargo, los tribunos del pueblo le llamaron á juicio. M. Pomponio, uno de estos presentó la acusacion; insistió particularmente sobre la crueldad que Manlio ejercia no solamente con las personas estrañas sino tambien con sus parientes y aun con su hijo. Le afeaba que lo tenia como un esclavo en una de sus casas de campo, condenado á trabajos serviles en la edad en que un jóven romano debia instruirse en las cosas que convenian á su nacimiento, en la ocasion tambien en que debia oir los debates de la plaza pública y adquirir gloria en los ejércitos. Y por qué delito es tratado con este rigor? añadió Pomponio; porqué no habla con facilidad? Un padre si tubiese alguno de los sentimientos naturales, no debería trabajar en corregir suavemente semejante defecto, mas bien que hacerlo mas notable por la dureza que usa con su hijo? los animales mismos no alimentan con menos cuidado y cariño á sus hijuelos que tienen alguna deformidad. Manlio, por el contrario añade un mal á otro mal, y si hay en su hijo una sola centella de virtud, él la estingue, la ahoga con esa educacion servil, con esa vida rústica que parece reducir ese degraciado jóven al trato de los animales.»

Estas invectivas sublevaron á todos los ciudadanos contra Manlio, á quien ya odiaban y no se duda habria sido condenado á un fuerte castigo á no ser por un acontecimiento que nadie podia esperar. El jóven Manlio instruido de lo que pasaba, no pudo sufrir lo tomasen por pretesto para hacer á su padre odioso. Quiso por una accion ruidosa, dice Tito-Livio, hacer conocer á los dioses y á los hombres que lejos de favorecer á los acusadores de su padre estaba por el contrario decidido á defenderle con peligro de su vida. Tomó pues una resolucion que á la verdad se resentia de su educacion agreste, y que podia ser de un egemplo peligroso. Una mañana sin decirlo á nadie se viene á la ciudad armado con un puñal, y vá derecho á casa de Pomponio. Este tribuno estaba todavia en la cama; avisado de que el hijo de Manlio queria hablarle, y persuadido de que vendria á darle gracias, ó sugerirle algun nuevo motivo de acusacion, le hizo entrar al instante.

El jóven romano viéndose solo con el tribuno, saca su puñal de debajo de su túnica, y levantándolo sobre él: jura, le dice con voz amenazadora, jura no reunir la asamblea del pueblo para acusar á mi padre... Pomponio que veia el acero brillar contra su pecho, y que consideraba la fuerza del que lo tenia se apresuró á hacer el juramento que se le exigia; mas apenas se vió libre de este terrible jóven corre á la plaza, reúne al pueblo, refiere lo que ha pasado, y pide que se le declare libre de su juramento.

Los romanos sabian apreciar una accion generosa. Les conmo-

vió ver á un hijo que solo habia recibido un trato riguroso de su padre esponderse sin embargo al mayor peligro para salvar á este padre de quien tenia que quejarse. No quisieron poner la atencion en lo que su conducta tenia de censurable, no tomaron en consideracion mas que el sentimiento sublime que la habia dictado, y la premiaron. El jóven Manlio fue ascendido al grado de tribuno de legion.



LA MENTIRA.

CUENTO ORIENTAL.

Habiendo un Rey condenado á muerte á uno de sus esclavos, por una grave falta, privado de toda esperanza de perdon, de nada se le daba cuidado y asi habló é injurió furiosamente al Rey. ¿Qué dice? preguntó el príncipe á su favorito: Dice, señor, que las recompensas de la otra vida son para los príncipes que perdonan las ofensas, y os pide esta gracia. Yo se la concedo, dijo el rey. Un cortesano, enemigo de mucho tiempo del favorito, habia oido, por casualidad, las injurias del esclavo: os engañan, Sacra Real Magestad, dijo á su señor: este miserable os llena de improperios y maldiciones. El rey lleno de prudencia y de virtud, respondió: «La mentira que se me ha dicho es humana; y tu verdad cruel.» Y volviéndole la espalda y tomando á su favorito del brazo, le dijo: «Amigo mio, tu siempre me dirás la verdad.



EL LOCO Y EL FUEGO.

MORALIDAD.

En la triste estacion en que las hojas en lugar de aparecer brillantemente esmaltadas por el sol, y acariciadas por el ligero céfiro, se ven emblanquecidas por la escarcha, y arrojadas á tierra por el cierzo riguroso, un benéfico y poderoso señor paseando por sus posesiones, encontró un desgraciado transido

de frio y moribundo, lleno de miseria. Movidó á compasion dió al infeliz por pronto socorro todo el dinero que llevaba en su bolsillo, y quando volvió á su magnífica casa de campo, se apresuró á hacer que uno de sus criados le llevase una abundante provision de leña con que pudiese preservarse de los rigores del invierno.

El pobre usó al principio con prudencia de este beneficio, contentándose con experimentar la dulce sensacion que el calor producía sobre sus helados miembros. Satisfecha esta necesidad, comenzó á mirar la llama y á recrearse en su resplandor. Para aumentar el placer que le causaba este espectáculo, fué arrojando nuevamente en su chimenea tan pronto un leño, despues dos, luego tres, y en fin luego tantos que la llama llegó á lo alto de la chimenea, comunicó el fuego al techo, y abrasó en un instante su mezquina cabaña. Comunicándose el incendio á las inmediatas, en pocas horas quedó reducida á cenizas la aldea entera, y el imprudente, causa de esta desgracia, fué la primera víctima de su locura.

Comprended esto, amables niños: y quando oigais que es preciso entregarse á las pasiones, porque estas son naturales en el hombre, responded que son como la provision de leña del loco. Dirigidas las pasiones por la razon animan el alma, la calientan, la hacen obrar; pero el imprudente que se abandona á ellas sin medida, es consumido muy pronto por su violento ardor, y lo que es peor, es funesto para todo cuanto le rodea.

FÁBULA.

EL HURON Y LA SERPIENTE.

La confianza alabo
Conque entró de conejos en un cabo
Un hurón cuelli-erguido,
Y con su cascabél metiendo ruido,
Registra por aquí, por allí pasa,
Como si fuera Pedro por su casa:
Pero saliendo, al fin de una estrechura
Vino el pobre á parar en derechura

A la boca espantosa
De una sierpe feróz y venenosa.

¿Quién te ha dado, le dice, rapazuelo,
Que apenas te distingues en el suelo.....?

¿Quién te ha dado, repito, la osadía
De entrar, sin preceder licencia mía,
En una habitacion en que yo mando?

¿Y á mas, á mas venir, cascabeleando
Privándome del sueño y del reposo?

¡Vive Apolo, gran mocoso....!

Señora, le responde el miserable,

En ninguna manera soy culpable:

Entré á ver si encontraba algun conejo,

Porque este animalejo

Suele vivir aquí; mas si supiera

Que era usted quien estaba, me muriera

Primero que llegar; esto es seguro,

Y á fé de hurón honrado que os lo juro:

Dejadme, pues salir, no me hagais daño

Porque fuera rigor, visto mi engaño.

Si será, ó no será rigor veráslo ahora,

Contestó la reptil devoradora,

Se abalanza al hurón, le clava el diente

Y se lo traga entero de repente.

*Cualesquiera que en un sitio. á ciegas entra,
De su temeridad el pago en encuentra.*

R. P.

